

Quiero correr en pos de una creencia
Y consagrarle toda mi existencia!

Oye, ¡muger! mi atribulado acento:
Tú eres el ángel, sí, que Dios me enviara,
El ángel de mi guarda en este mundo,
Que enjugar debe mi continuo lloro,
Aliviando por siempre el mal profundo
Que lleva el corazón despedazado!
¡No desconozcas tu misión sagrada
De consuelos, de amores y ternura;
Inúndame de gozo sempiterno;
No te tornes en furia despiadada
Que el mundo me convierta en un infierno!
Tú eres el germen de mi atroz martirio;
Pero no importa: *¡te amo con delirio...!*

18....—MÁRCOS ARRÓIZ.

NOCHE DE LUNA.

LAS noches iluminadas por la luna tienen un no sé que de melancólico misterio. Es dulce y es al mismo tiempo triste contemplar la naturaleza en esas horas en que duerme la creación entera, en que cesa el bullicio del mundo y solo se escuchan á lo lejos rumores vagos y extraños, que ya parecen siniestros, ya acompañados de cierto encanto secreto.

Los rayos pálidos y apacibles de la luna bañan las cúpulas galanas de la ciudad; desiertas están sus calles y sus plazas, el viento está tranquilo, el ambiente balsámico y agradable. De cuando en cuando resuena la sonora vibración de la campana, ó el graznar del ave agorera, que fugaz atraviesa el firmamento. Diáfano y brillante está el cielo, por donde la luna vaga silenciosa, eclipsando el brillo de todas las estrellas. ¡Qué dulce es esa calma de la naturaleza! ¡Y qué melancolía tan indefinible inspira al alma!

Yo no sé por qué en una noche de luna amo la soledad, no

sé por qué recuerdo los plácidos días de mi infancia que pasaron entre risas y juegos inocentes; y luego viene á mi memoria toda mi juventud, todas mis ilusiones, que muchas veces nacieron bellas y encantadoras á la luz de la luna en las hermosas noches de Mayo. Y ellas pasaron y huyeron de mi corazon, como en Otoño caen las hojas del tronco de los árboles. . . . tambien tú, ¡oh luna! viste mis pesares y mis desengaños, y tu triste fulgor calmó la amargura de mi duelo.

Tú ¡oh luna! eres el astro de paz. Cuando tú reinas, duermes el mundo, y parece tan bello y tan tranquilo como cuando salió de las manos de su Autor. Cesan de noche los proyectos insensatos de los hombres, y en el sueño se embotan la ambicion y el odio, esas pasiones ruines que agitan á nuestra raza orgullosa, cuya vida es efimera como la del insecto que vive una hora tan solo. Duerme el tirano y duermen sus víctimas, duerme el rico y el mendigo, y el sueño, como la muerte, iguala al género humano.

Pero el sueño del crimen es turbado por visiones espantosas, el remordimiento que se ahoga de dia, se apodera de noche del alma del perverso, y mientras este se cree entregado á horribles suplicios, blandamente sonrien los labios de la virgen pudorosa que sueña con su amante, y lo mira con ese amor que los ángeles sienten en el cielo. . . .

Sigues impasible tu carrera, ¡oh luna! y vas visitando todo el orbe. Tú, mudo testigo de catástrofes y crímenes, tú serás acaso en el fin de los tiempos la pregonera del vicio y de la virtud, para hundirte luego en la nada! Sigue, sigue tu carrera inundando de luz la mísera tierra, é inspirando blanda tristeza á quien te mira!

No hay ni una nube que empañe el azul hermosísimo del cielo; está tan puro, como el corazon en sus primeros años juveniles; pero pronto negros nubarrones ocultarán la faz de la luna, como las pasiones estinguen muchas veces la virtud.

Cuando contemplamos la belleza de una noche de luna, admiramos el poder divino, conocemos nuestra miseria, y la vanidad de todos nuestros deseos y todas nuestras esperanzas; recordamos lo que hemos sufrido; sentimos que se mitigan nuestros dolores; vemos al traves de la bóveda celeste una esperanza, y encontramos algo que llene el vacío inmenso de nuestro corazon: DIOS, y solo DIOS. . . .

LA CAUTIVA.

A MI COMPAÑERO Y AMIGO
EL SEÑOR D. JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

(LEONOR.)

¿De qué sirve á mi belleza
La riqueza,
Pompa, honor y magestad,
Si en poder de adusto moro
Gimo y lloro
Mi perdida libertad?

J. AROLA.

I.

ALLÁ en las orillas del Bósforo undoso,
Dó espléndida se alza la hermosa Estambul,
Sus torres eleva palacio suntuoso
Que fieles se pintan en olas de azul.



Leonor.

Murallas de mármol la entrada defienden
De inmensos jardines de grato verdor:
Ecsóticas flores sus hojas estienden,
Del rey de los astros al dulce calor.

Arroyos de plata con ruido sonoro
Desatan sus linfas en verde tapiz,
Bañando de altivo, gentil sicomoro
El tronco robusto, la dura raíz.

Con blanda armonía los pájaros cantan,
La brisa murmura sonidos de amor;
Y brindan al alma que dulces encantan
Su ruido el arroyo, su aroma la flor.

En medio á tan linda, risueña morada,
Del turco celoso se eleva el harem,
Murallas y rejas evitan su entrada,
Eunucos crüeles la guardan tambien.

II.

Del Tibet entre blandas, finísimas pieles
Mas bella que ensueño de dicha y amor,
Hurí de ese cielo que ansían los infieles,
Se inclina indolente, la hermosa Leonor.

Robóla el pirata en medio á los mares,
Y hoy es favorita de altivo sultan:
¡Es bella! tan bella, que alzárale altares
La Roma pagana, al ver su beldad.

Su seno es mas blanco que el nardo oloroso,
Sus ojos mas negros que el ébano son,
Su frente es soberbia cual cedro coloso,
Su labio es de rosa naciente boton.

¡Miradla! sus rizos de seda ondulantes
Su cuello acarician en dulce vaiven;
Turquesas, y perlas, y ricos diamantes
Que cria Golconda, adornan su sien.

De cándido lino la diáfana veste
Apenas encubre su cuerpo gentil,
Sus hombros sostienen un manto celeste
Que abrocha en su talle precioso rubí.

Las flores mas bellas, de suaves aromas
De rico alabastro en jarras se vén;
Y en mil pebeteros consúmense gomas
Que el aire perfuman del mágico harem

A libres placeres provoca el ambiente
Que envuelve á la hermosa, divina Leonor,
Mas rauda á otros climas volando su mente
Recuerda su patria, recuerda su amor.

Recuerda de Cádiz, su cuna querida,
Las vegas frondosas dó fué tan feliz;
Y en éstasis dulce su mente embebida
Sus húmedos labios se ven sonreír

De pronto en sus goznes girando la puerta
Del lindo retrete, sus sueños se van
Entreabre los ojos al fin se despierta,
Y triste á sus plantas contempla al Sultan.

III.

Alza el Sultan la varonil cabeza,
Y mirando á la hermosa tiernamente,
—“¿Por qué nubla tu rostro la tristeza?
¿Por qué inclinas, la dice, tu alba frente?”

“Levántala, Leonor, tú eres mi encanto,
Tú eres la hurí que delirante adoro,
Mi ternura sin par, y lujo tanto
¿No enjugarán jamas tu amargo lloro?”

“¡Española! te dí para tus goces
Esclavas griegas de mirar divino,
Hermosas georgianas cuyas voces
Imitan de la alondra el dulce trino.

“Tapices de vivísimos colores
A tus plantas he puesto; y en tu frente
Para vencer, Cristiana, tus rigores
Coloqué mi diadema refulgente.

“De Cachemira delicados schales,
Y de Sidon la púrpura preciada,
Del Rojo mar los nítidos corales
Y sedas de Basora la encantada,

“Todo, todo te he dado en mi ternura,
Y el corazón que mas que todo vale;
Mas se muestra insensible tu hermosura
Que no hay dureza que á tu pecho iguale.

“Me canso de esperar, y en mi despecho
Al contemplar tu helada indiferencia,
No sé como el puñal no rasga el pecho
Y da fin á mi amor y tu existencia.

“Ya te rogué sumiso . . . ahora, esclava,
Responde ¿me amarás....?” —“Mi dueño eres,
Con tu agudo puñal mi pecho clava,
Mas nunca, nunca, mi ternura esperes.”

—“¡Por Alá! ¿tal escucho . . . ? En este instante
Castigaré, cristiana, tu osadía;
Ahora soy tu señor y no tu amante:
Apréstate, muger, *vas á ser mia.*”

Y con furor salvaje se abalanza
Trémulo el labio, ardiente la mejilla,
De sus ojos la cólera se lanza
Que en vivos rayos aparece y brilla . . .

Ya entre sus brazos á la hermosa oprime
Que convulsa se agita casi inerte . . .
Mas pronto se alza con ardor sublime . . .
Resplandece un puñal . . . el turco gime . . .
—“*Tú querias mi amor, toma la muerte . . .*”